

GONZALO SERRANO DEL POZO, *¿Quién mató a Diego Portales?*, Santiago, RIL Editores, 2022, 153 págs.

En el presente libro, el historiador chileno, Gonzalo Serrano del Pozo, pretende exponer las formas y el entorno circunstancial en que se produjo el asesinato del ministro Diego Portales y Palazuelos. Para el autor, este personaje ha concentrado la mirada de los historiadores e intelectuales durante generaciones, debido a su personalismo en la mentalidad política y conformacional de la vida republicana decimonónica. A juicio del autor, a Portales se le ha atribuido “un protagonismo exacerbado” (p. 15), por lo cual se ha relegado a otros personajes de igual o mayor participación en la política de la época. Sin embargo, la importancia que se le ha dado al ministro en la configuración de la nación y de la línea de los gobiernos conservadores, lo posiciona como un actor propicio para profundizar en su vida y en las incógnitas entorno a su muerte y a los partícipes de esta misma.

En este ámbito, el contexto histórico es esencial para entender lo que Serrano desarrolla, ya que desde ahí surgen las relaciones entre el fallecido y políticos, militares y contemporáneos. La República de Chile al momento del asesinato del ministro se hallaba en el período presidencial de José Joaquín Prieto (1831-1841), gobierno dentro de los denominados decenios conservadores de principios del siglo XIX y en el cual Portales participa en la administración de tres carteras ministeriales. Cargos de confianza y manejo político que encarnó con actitudes totalitarias y solo, en sintonía con su juicio y pensamiento (p. 30), que no se apegaba a los políticos instalados ni a un sometimiento del presidente. Este comportamiento, sumado a la inminente guerra que el ministro incentivó contra la Confederación Perú-Boliviana (1836-1839) provocó el rechazo en ambientes del gobierno, militares y en toda la oposición liberal.

A partir de esto, la intención del historiador es cuestionar la versión oficial y judicial de la muerte del triministro de Prieto acribillado (6 de junio de 1837) por el teniente Santiago Florín quien, a su vez, seguía las órdenes del jefe del Estado Mayor, coronel José Antonio Vidaurre. A través de veintiocho apartados, el autor contextualiza el ambiente que rodeó al ministro desde su vida personal, sus gestiones a la cabeza de los ministerios que, además, involucraron al presidente vecino, Andrés de Santa Cruz, en conflicto público con Portales. En paralelo, Gonzalo Serrano desenvuelve las vidas y testimonios a través de las correspondencias y fuentes de los militares que se sublevaron contra el gobierno y del mismo ministro asesinado a las orillas del camino a Quillota.

A partir del capítulo “Diego Portales y su generación”, el autor profundiza la biografía de Diego Portales, para abordar la posición de excepcionalidad que este poseía dentro de su generación coetánea. Portales nació en la última década del siglo XVIII y compartió, al igual que los jóvenes cercanos a su edad, como Manuel Baquedano o Ramón Freire, el ser hijo de militar o exfuncionario de la corona española. La diferencia que se encuentra en el joven Portales es que no presentó inquietudes vocacionales de dedicar su vida a la rama militar, a diferencia de sus contemporáneos que dedicaron su juventud a la formación en el ejército y la guerra. Estos personajes de la generación del

noventa son un elemento esencial para entender que esta misma agrupación de personas se enfrentó con Portales dentro y fuera del país, además de ser partícipes del contexto mortal del ministro.

De manera propedéutica se presenta a Portales desde posturas instaladas en el tiempo, que lo muestran como un sujeto que puso en un segundo plano su vida comercial, para mejorar a la república desde la política. Para ello, Serrano expone las ideas de Benjamín Vicuña Mackenna¹ sobre esta vocación de servicio que caracterizó al ministro, aunque el autor discrepa de este imaginario, pues a partir de la correspondencia de Portales y del trabajo de los historiadores como Gabriel Salazar² y Sergio Villalobos³ afirma que era un pésimo comerciante con deplorables finanzas (p. 23). Esto permite ver a Portales con otras perspectivas, pues se insiste en los fracasos en materia económica y las quejas del ministro ante esto. No obstante, desde sus epístolas, demostró que no era pobre ni careció de dinero, puesto que era un vivaz personaje que “muchas veces sacó provecho al aparentar esta condición” (p. 25).

Si bien el autor engloba a Diego Portales como poco hábil en el rubro financiero, siempre fue una parte de su vida, tanto que no se desprende de esa dimensión aun siendo funcionario público y, así lo demuestra su correspondencia personal con amigos y comerciantes (pp. 26-27). Esta realidad bipartita del comerciante Portales en que liga el comercio y política, fue vital en su defensa a los comerciantes, al encabezar el grupo de estanqueros en la unión conservadora (p. 29). En esa línea, sacó ventajas de sus posiciones y cargos para hacer tratos empresariales y políticos, de allí que continuara comerciando con armas para el gobierno de Chile a lo largo del tiempo. Todas estas características, sumado a su postura conservadora, lo fueron transformando, entre sus contemporáneos, en un sujeto poco común dentro de la política nacional e incluso en las relaciones con otros políticos.

En este sentido, el historiador hace ver que son estas relaciones contrarias y atípicas las que abren una arista para considerar el vínculo con los asesinos, debido a los conflictos previos que tuvieron con el ministro. Serrano destaca al general Ramón Freire como signo de estos enemigos portalianos, puesto que el ministro mantenía actitudes de menosprecio a un sector militar perteneciente a los albores de la república, próceres de la independencia como Blanco Encalada. En este mismo sentido, fue Portales quien abogó por una condena contra Freire cuando este se hallaba detenido en Valparaíso por sublevación e intento de derrocamiento del gobierno en la conspiración planeada junto a Santa Cruz. Juan Antonio Vidaurre custodió al general Freire y desarrolló un sentimiento de rechazo a Portales por el mal trato que sufrió el general (pp. 37 y 72).

De igual manera, sucede que, siendo Portales secretario de Estado en 1831, se le otorgó el grado de teniente coronel de infantería y años más tarde le concedieron el Mi-

¹ Benjamín Vicuña Mackenna, *Don Diego Portales*, Santiago, Universidad de Chile, 1937.

² Gabriel Salazar, *Construcciones del Estado en Chile*, Santiago, Editorial Sudamericana, 2007.

³ Sergio Villalobos, *Portales. Una falsificación histórica*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 2005.

nisterio de Guerra y Marina, cargos que aumentaron el rechazo a su persona, puesto que no tuvo una carrera castrense y era conocida su negativa a los militares independentistas, los cuales eran venerados por la institución militar. La repulsión se vio incrementada con las decisiones que impuso al ejército y por su deseo de ir a la guerra a toda costa. Gonzalo Serrano, al final del capítulo “Preparando la guerra”, postula que la principal figura del gobierno posicionó al Ejecutivo en el mismo rechazo de parte de la ciudadanía (p. 39), de allí la decisión de rebelarse contra el mal camino que llevaba el gobierno en el motín de Quillota, porque el régimen represor se veía por completo desde la presencia absolutista del ministro.

Por consiguiente, a partir del apartado “El motín de Quillota”, el autor transmite el entramado que desencadenó el arresto, sublevación y posterior muerte de Diego Portales. En primer lugar, el amotinamiento comenzado en Quillota y Valparaíso constaba de órdenes y acciones precisas para exigir la rendición del gobierno. Sin embargo, las coyunturas de los sublevados desde el arresto mismo del ministro se encaminaron hacia circunstancias fracasadas que concluyeron en la batalla del Cerro Barón (6 de junio de 1837). Serrano aborda lo que significó la batalla del Barón al mostrar, a través de las fuentes periodísticas, el ambiente que se instaló en el territorio porteño, en la capital y en otras regiones del país. Tras la derrota de las tropas de Vidaurre a manos de Blanco Encalada, el autor refiere luego a los prisioneros enjuiciados y a las condecoraciones de los soldados defensores.

Ahora bien, en cuanto al crimen mismo, se aprecia en “El crimen”, cómo el autor hace una síntesis con las principales fuentes que han sido respaldo de los trabajos historiográficos y que le aportan a su propia investigación. En primer lugar, las actas del proceso permiten ver el curso judicial de los acusados. Además, se cuenta con la memoria del fiscal José Antonio Álvarez y el testimonio de Eugenio Necochea, testigo del homicidio. Estas últimas constituyen dos fuentes imprescindibles para entender los hechos y, por lo mismo, el autor recurre a ellas para mostrar las decisiones que fueron tomando los militares, en especial Santiago Florín. Algo que enriquece la lectura es la manera cronológica en que Serrano relata los sucesos, casi de manera forense, para luego agregarle la mirada pública con lo que se informó en los periódicos del homicidio y del juicio en la época misma.

Los capítulos, “El (in)debido proceso” y “La ejecución de los culpables”, no solo introducen desde sus títulos en la temática, sino que, aportan al principal objetivo del libro, que es redescubrir otra perspectiva del asesinato. A partir de ello, Gonzalo Serrano demuestra, a través de su investigación, que este mismo proceso judicial incurrió en falencias dentro de sus procedimientos, ya que no llevó a cabo una objetiva sentencia basada en los hechos; los cuales pudieron reflejarse en los cuestionamientos y testimonios. Sin embargo, la sentencia legal del juicio fue la condena a muerte debido al temor y precaución producidos por el clamor popular. En cambio, debió ser un juicio basado en la verificación correcta de los testigos y declaraciones, las que pudieron haber conducido a un dictamen más certero y menos lleno de nebulosas que duran hasta hoy.

Por consiguiente, el autor desarrolla en “Los funerales del ministro” los oficios funerarios del ministro de Estado. Se exponen los detalles del traslado del cadáver de Diego Portales desde la ciudad porteña en que se encontraba, hasta la capital del país donde existió un ambiente exaltado y atento para recibir al fallecido. Este contexto que, por lo demás, había sido alentado por la prensa y por lo súbito del asesinato, era de observancia absoluta debido a la continua explotación mediática por parte del gobierno a través del periódico *El Araucano*. En este ámbito, el autor desenvuelve la motivación del Ejecutivo por buscar culpables ajenos a los soldados ya condenados, es decir, para la mirada de la autoridad conservadora era propicio culpar a terceros de carácter extranjero para suscitar aún más el proyecto bélico que había comenzado Diego Portales contra la Confederación.

En relación con lo anterior, los capítulos, “Los móviles de los sublevados” y “Los móviles del mariscal Santa Cruz”, desarrollan las represalias que desató el gobierno con el asesinato del ministro; de aquí nace el principal objetivo de culpar a Santa Cruz y a la Confederación. A través de esto, el gobierno tenía la oportunidad de incentivar la campaña bélica que había estimulado previamente Portales y así vencer finalmente al Supremo Protector de la Confederación. En contraste con todos estos movimientos políticos, el autor expone el orgullo chileno en la guerra y el clamor de justicia por el asesinato del triministro. Se traslada así la mirada desde el asesino Vidaurre al presidente Santa Cruz. Sin embargo, por vez primera se señala que todas estas interpretaciones y tergiversaciones sirvieron al gobierno y a la justicia para desviar la atención del verdadero culpable principal: el hijastro de Vidaurre, Santiago Florín (pp. 101-103).

Ahora bien, durante el período conservador en el que se encontraba la administración de la república antes y después del asesinato de Portales, se presentó una contradicción política en las acciones contra Santa Cruz cuando Manuel Bulnes (1841-1851) le concedió asilo y protección al expresidente en Chillán (p. 104). Postura por completo contraproducente, pero que se condice con la certeza del gobierno de Prieto de la inocencia del mariscal Santa Cruz, es debido a esto que, tras el desprecio de Perú y Bolivia por las acciones cometidas en épocas de la Confederación, deciden en conjunto con el gobierno chileno participar de su protección, dando a conocer así los entramados y oportunismos tan representativos de los cambiantes discursos y acciones políticas.

Por otra parte, Gonzalo Serrano recurre a la historiografía y realiza un análisis crítico a la figura de Portales y al período conservador de inicios de la república. En este sentido, el capítulo, “Los móviles del gobierno”, cumple con cuestionar el imaginario estable con que se asoció al primer decenio conservador. El historiador, a través de las investigaciones de Villalobos, posiciona este tiempo de Chile como un momento de constantes disidencias y levantamientos, que concluyen con la muerte del ministro. De la misma manera, Barros Arana asume que este clima era producto del poder inmenso que poseyó el asesinato, siendo este personaje un caso “único en la historia de Chile” (p. 105). Esta misma tensión que provocó la personalidad del fallecido llevó al gobier-

no a tener una gran paz tras su fallecimiento (p. 108), ya que la figura de tensión ya no existía para provocar discrepancia.

Por otra parte, el autor conecta en el capítulo, “El crimen como justificación de la guerra”, la conexión bipartita del asesinato y la guerra de Chile contra la Confederación Perú-Boliviana, puesto que para Serrano este tópico es crucial para entender el libro. Según entabla el historiador, la élite demostró ser reacia a tomar partido con la campaña conservadora, resultado de las actitudes absolutistas del ministro (pp. 109-110). Por lo mismo, el apartado muestra la posición de la élite y de los militares que no se comprometían, así como la falta de elogios del mismo gobierno para engrandecer a Portales tras su muerte, algo que sí se hizo desde la vereda historiográfica conservadora del siglo XIX. Ahora bien, el gobierno hizo lo posible por convencer a oficiales, aristocracia y al pueblo en general de justificar la guerra y mantener la hegemonía del país frente a los países vecinos.

Serrano agrega otros cinco apartados hasta llegar a la última sección del libro. Todas estas partes del libro, entre el anexo 1 y el 5, se basan en fuentes primarias que tienen como objetivo el apoyar a las distintas secciones desarrolladas a lo largo de las temáticas. Es decir, el ir adjuntando la cronología de Portales, la autopsia del ministro, la defensa de Florín, el tributo a los vencedores del Barón y la memoria del asesinato relatada por el general Eugenio Necochea, complementa y enriquece el contenido. Sin embargo, se hace una observación crítica respecto a la forma organizacional en que las cuatro fuentes primarias son concentradas al final del libro. Hubiese sido más interesante desarrollarlas dentro de los capítulos mismos, lo cual habría ayudado a la distribución del texto y a cumplir con lo ofrecido en la Introducción, donde se plantea una revisión del archivo y las fuentes para responder al cuestionamiento del asesinato (p. 16).

Al final del libro, en sintonía con su objetivo, el autor aborda la síntesis del caso completo y las aristas del asesinato de Portales. La interrogante de si en realidad Santiago Florín cumplió bajo órdenes de Vidaurre el asesinato, choca con las incongruencias y cambios en los discursos de los condenados, la negación férrea de Vidaurre hasta su muerte y los enemigos que poseyó Portales en vida y da cuenta de muchas personas entrelazadas con el planeamiento intelectual del asesinato. A pesar de existir motivos para querer eliminar a Portales, las conclusiones de Serrano declaran que, a casi dos siglos de lo acontecido, nadie ha dudado de la versión oficial y, a pesar de la variada bibliografía sobre Portales, no se ha considerado que los propios conservadores también tuvieron motivos suficientes para deshacerse del ministro (p. 113).

En conclusión, Serrano cumple con lo prometido al lograr el objetivo de responder a la pregunta *¿Quién mató a Diego Portales?* Porque, con un lenguaje sencillo y una contextualización histórica que facilita la comprensión de lo que transmite, consuma la posibilidad de ampliar la discusión de los involucrados en el asesinato del ministro. El historiador innova en lo que por décadas la historiografía y el poder judicial, con su irregular proceso, había dejado sellado. Por consiguiente, el libro es un redescubrimiento para los lectores interesados en el período conservador y en especial la figura de Por-

tales. Por lo mismo, la redacción de los capítulos al ser en breves páginas logra que sea una lectura afable y, desde el ámbito de la disciplina histórica, el historiador posibilita incrementar la cooperación investigativa en cuanto a las fuentes y la problemática del asesinato, más allá de quien apretó el gatillo.

JULIÁN BALTAZAR CASTILLO VALENZUELA
Instituto de Historia
Pontificia Universidad Católica de Chile